

ESTUDIOS DE LITERATURA MEDIEVAL

25 AÑOS DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

EDITORAS

ANTONIA MARTÍNEZ PÉREZ
ANA LUISA BAQUERO ESCUDERO

MURCIA
2012



Estudios de literatura medieval : 25 años de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval / editoras Antonia Martínez Pérez, Ana Luisa Baquero Escudero.-- Murcia : Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones, 2012.

968 p.-- (Editum)
ISBN: 978-84-15463-31-3

Literatura medieval-Historia y crítica.
Martínez Pérez, Antonia
Baquero Escudero, Ana Luisa
Universidad de Murcia. Servicio de Publicaciones.

82.09"05/14"

1ª Edición 2012

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2.012



ISBN 978-84-15463-31-3

Depósito Legal MU-921-2012

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Murcia
C/ Actor Isidoro Máiquez 9. 30007 MURCIA

NARRATIVA BREVÍSIMA MEDIEVAL: ¿UN ANTECEDENTE DEL MICRORRELATO?

BASILIO PUJANTE CASCALES
Universidad de Murcia

RESUMEN:

En este artículo queremos analizar la posible relación entre el cuento breve de la Edad Media y el microrrelato actual. Estudiaremos si la minificción es sucesora de la narrativa breve medieval y cómo ésta influye en algunos minicuentos.

Palabras-clave: Narrativa, medieval, cuento, minificción, microrrelato.

ABSTRACT:

In this paper we want to analyze the possible relationship between the medieval short story and the contemporary short short fiction. We will study if fast fiction is the successor of the medieval short story and how it influences some short short fictions.

Key-words: Narrative, medieval, tale, short short fiction, fast fiction.

1. INTRODUCCIÓN

Cuando los especialistas en Literatura nos enfrentamos ante un nuevo género literario o una variante de alguno anterior, lo primero que surge en los ensayos sobre el fenómeno es su posible relación con modalidades similares. En el caso de la minificción existe ya una bibliografía amplia que ha relacionado al microrrelato con géneros cercanos y de mayor raigambre como el poema en prosa, el cuento, el aforismo o la anécdota, por citar sólo cuatro ejemplos. Menos numerosos en este campo son los estudios que se ocupan de las relaciones entre minicuento y formas narrativas similares desde una perspectiva diacrónica. Ni siquiera el origen concreto de la minificción está consensuado por los especialistas, por lo que se nos antoja una tarea necesaria el echar un vistazo hacia atrás en el tiempo y analizar los textos literarios que anticipaban, en siglos anteriores, lo que hoy conocemos por microrrelato.

Desde esta perspectiva enmarcamos el humilde proyecto que queremos llevar a cabo en las próximas páginas: analizar, desde una perspectiva comparatista, las posibles relaciones en el minicuento y la narrativa brevísima medieval. Para conseguir este objetivo, nuestra aportación a este XIV Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, tendrá dos partes bien diferenciadas. En la primera realizaremos una contextualización de nuestro doble objeto de estudio, definiendo el género de la minificción y acotando en qué parte de la narrativa breve medieval nos hemos fijado. Tras esta parte comenzará la sección central de nuestra aportación teórica: el análisis comparatista entre el microrrelato hispánico contemporáneo y la narrativa brevísima medieval en España. Finalizaremos nuestro texto con una breve conclusión que recoja los principales puntos tanto de coincidencia como de divergencia entre ambas formas literarias.

2. CONTEXTUALIZACIÓN GENÉRICA.

Al incluirse este texto en un volumen dedicado a la literatura medieval, creemos que es imprescindible el empezar definiendo un género de tan reciente desarrollo y estudio y tan alejado del marco de las Letras de la Edad Media como es el microrrelato. Este término hace referencia, de manera

básica, a una tendencia asentada en el ámbito hispánico, aunque no sólo en él, desde la mitad del siglo XX y que consiste en la elaboración de textos narrativos de una extensión inferior a la del cuento.

Esta breve y, aparentemente, sencilla definición ha provocado no pocos quebraderos de cabeza a la crítica especializada. Son muchos los postulados de los teóricos que han suscitado agrios debates en los congresos de minificción de los últimos años y que, sin detenernos demasiado para no ser farragosos, creemos que es necesario conocer para entender mejor este género. El primer escollo que nos encontramos es encontrar un término aceptado en todo el ámbito hispánico y que define estas formas narrativas brevísimas. Son muchos, decenas, los que se han barajado, pero gracias a la labor de muchos editores, escritores y teóricos hoy en día los términos “microrrelato”, “minicuento” y “minificción” son los más aceptados. Nosotros, al contrario que otros especialistas, consideramos a los tres como sinónimos y así los utilizaremos en nuestro texto.

Desde el punto de vista teórico son también muchos los temas que han causado discrepancias entre los teóricos e historiadores de la minificción. Entre los que más artículos especializados han protagonizado están la definición de su origen en la Literatura Hispánica, sus relaciones con el cuento, el estatuto de género o de subgénero del microrrelato y sus relaciones con otras formas literarias breves. Sin entrar, como hemos prometido, en estos temas, podemos señalar que nuestra posición es la de considerar el minicuento como género independiente, aunque consideramos que aún es pronto para adjudicar etiquetas de tal calibre a un género cuyo estudio apenas ha cumplido las tres décadas.

Su relación con el cuento, hermano mayor para algunos, padre para otros, ha sido desde siempre muy cercana y no puede ser negada; de hecho en ella se basa nuestro análisis. Como lo que suele ocurrir hoy en día con la minificción, el cuento literario estuvo durante décadas una forma literaria menospreciada y situada bajo la alargada sombra de la novela. Sólo en épocas muy recientes tanto los lectores como los especialistas han terminado de reconocer el valor del cuento y el hecho de que puede alcanzar cotas tan altas como cualquier otro género literario gracias a maestros como Poe, Maupassant o Cortázar.

El cuento es, además, un género de una trayectoria larga y fecunda, que lo ha llevado a casi todas las culturas desde los primeros textos que conservamos y que surgieron hace varios milenios hasta la actualidad. En esta longeva vida, el cuento ha tenido dos edades bien distintas pero estrechamente relacionadas: el cuento popular (folclórico, oral y anónimo) y el cuento literario (surgido en el siglo XIX). El objetivo de nuestro estudio es comparar dos formas que se sitúan, en lo que se refiere a la literatura escrita en español, en los dos extremos de esta trayectoria. Por un lado al analizar el cuento medieval nos vamos a ocupar de las primeras narraciones breves en nuestro idioma, que surgieron pocos años después que el seminal *Poema de Mío Cid*. En el otro extremo tenemos al microrrelato, una de las últimas evoluciones del cuento literario, desligado de él o no según la perspectiva teórica que sigamos, que han surgido en la Literatura hispánica.

El cuento breve medieval, uno de las dos formas narrativas que vamos a estudiar, se enmarca en el cuento folclórico y, de manera general, comparte todas las características que definen a este género en las distintas épocas. Uno de sus rasgos principales es su carácter viajero, que provoca que en la Edad Media española encontremos relatos que son traducciones o versiones de textos procedentes de otras culturas como la india o la árabe. Es, además, un género que se filtra en casi todas las obras literarias de la época, por lo que lo podemos encontrar tanto en recopilaciones como inserto en estos textos de mayor extensión. En el primer caso tenemos ejemplos de compilaciones que tienen una historia marco donde van apareciendo las narraciones breves; entre los libros más destacados de este tipo hemos de recordar el *Sendébar*, el *Calila e Dimna* o *El Conde Lucanor* de Don Juan Manuel. En otras ocasiones la intención compiladora es más palpable y obras como *Disciplina Clericalis*, el *Libro de los Enxemplos* o los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo se concibieron como antologías de relatos edificantes. Entre los relatos de gran extensión donde aparecen insertos un gran número de cuentos de diversa índole debemos destacar el *Libro del Caballero Zifar*, el *Libro de Alexandre* y, especialmente, el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita.

Todos los cuentos que aparecen en las obras que acabamos de citar comparten un número concreto de rasgos básicos que los hace fácilmente identificables. Siguiendo a Carmen Hernández Valcárcel²¹¹⁰ vamos a enumerar algunas de estas características esenciales en el género. A los ya citados transmisión oral y anonimato del autor, hemos de añadir el desinterés por la forma, el protagonismo de unos tipos esquemáticos, el uso de un estilo sencillo y sin apenas descripciones y el sometimiento a la finalidad didáctica en casi todos los casos. Además, hemos de recordar que, como ocurre con todos los géneros orales, existen variadas versiones de los mismos cuentos con infinidad de mínimas modificaciones.

De todos estos rasgos, podemos adelantar que los que de manera general coinciden con los de la minificción contemporánea son la ausencia de descripciones, la brevedad y los personajes esquemáticos. Otro elemento común es la gran variedad de términos que, como con el minicuento, se asocian con la narrativa breve medieval. Así, nombres como fábula, fabliaux, ejemplo, facecia, apólogo o patraña se refieren, salvo algunas especializaciones, a las mismas obras. Un último rasgo de los cuentos medievales es la gran variedad de temas de los que se ocupan; el microrrelato coincide no sólo en este rasgo sino también en la utilización de asuntos de orden cotidiano y de carácter aparentemente anodino. Por supuesto, la intención didáctica que subyace en la narrativa breve medieval se aleja de los parámetros de la minificción, salvo en casos concretos y normalmente paródicos, cuya principal finalidad es sorprender en unas pocas líneas al lector.

3. RELACIONES ENTRE CUENTO MEDIEVAL Y MICRORRELATO.

Entrando ya en el objeto último y central de este artículo, hemos de comenzar nuestro análisis señalando que encontramos una doble relación entre el cuento medieval y el microrrelato contemporáneo. En primer lugar consideramos al primero como uno de los muchos antecedentes históricos de la minificción. Desde una segunda perspectiva, el cuento medieval y, de manera general, todo el folclórico, se constituye como una influencia temática y estructural de primer orden en un amplio grupo de microrrelatos. Basándonos en el primer punto de vista vamos a estudiar las coincidencias y diferencias que existen entre la narrativa breve medieval (incluyendo sus subgéneros) y la minificción. La segunda perspectiva nos va a llevar a proponer varios ejemplos concretos en los que los autores de minicuentos han utilizado estrategias narrativas, fórmulas textuales y personajes propios del cuento folclórico o medieval.

Entrando ya en el análisis de las diferencias entre la minificción y la cuentística breve medieval, hemos de iniciar nuestro repaso con la divergencia que consideramos más obvia. Se trataría de la ausencia de autor conocido en el cuento de la Edad Media frente al carácter literario y la existencia, en todos los casos, de un escritor de cuya mente ha surgido el minicuento que leemos. Se trata de una diferencia determinada por las respectivas épocas de ambas formas narrativas, pero que no deja de poseer, desde nuestra perspectiva, cierta importancia en la comparación que estamos realizando. El cuento del Medioevo se constituye siempre como un texto cuyo origen reside en la tradición, mientras que, por el contrario, uno de los rasgos que va a definir al autor de la minificción, por encima incluso de otros géneros contemporáneos, es el afán por ser original y sorprender al lector.

Precisamente el receptor de ambas obras literarias será el segundo elemento discordante en el que nos detengamos. El lector medieval es muy diferente al actual, menos activo por así decirlo, lo que obliga al autor a explicitar una parte mayor de la trama de su narración. El minicuento, sin embargo, es un género nacido en una época donde los escritores son conscientes de la labor cooperativa del “escrilector”, hecho que han aprovechado para llevar sus narraciones brevísimas a la mínima expresión. Así, en un género como el microrrelato que se basa tanto en la elipsis, el lector posee una importancia supina y los autores confían en un lector modelo que sepa llenar los muchos huecos, que por motivos de brevedad, deja en el texto.

Ya citábamos en el apartado anterior que uno de los rasgos que los especialistas en narrativa

²¹¹⁰ Carmen Hernández Valcárcel, *El cuento medieval español*, Murcia, Universidad, 1997, p. 11.

medieval han adscrito desde siempre al cuento de esta época es su carácter eminentemente didáctico. Los autores de la Edad Media hacen fluctuar sus narraciones entre el *delectare* y el *docere*, por lo que este último concepto será una pieza fundamental en la concepción de la cuentística del Medioevo. La Literatura contemporánea ha perdido, salvo en algunos casos muy concretos, esta intención didáctica. En la minificción los únicos casos en los que el autor parece mostrar de manera patente una enseñanza se revelan, tras una lectura más atenta, como parodias de géneros antiguos. Así, encontramos en las últimas décadas varios casos de microrrelatos que adaptan la forma tradicional de la fábula. Un ejemplo de ello lo encontramos en la “Fábula de la mira telescópica”²¹¹¹ de la argentina Luisa Valenzuela. Se trata de un texto en cuya parte final encontramos una especie de moraleja cuya forma nos recuerda a la de los haikus: “Afortunados los que no cazan: con rigidez de bala hasta la blanca grulla de la suerte se hace perdiz”.

La última de las desemejanzas más importantes entre ambos géneros depende del cotexto donde aparecen. Como citamos con anterioridad, los cuentos medievales se solían insertar en relatos más extensos y en colecciones que, en su mayor parte, poseían un marco narrativo. En la minificción las narraciones se entienden sólo como textos independientes y no se incluyen en relatos mayores, sino en libros compilatorios. Sin embargo, puede existir una estrecha relación entre varios minicuentos que aparecen juntos en un mismo libro, formando lo que los especialistas han definido como “serie fractal”. Se consigue mediante esta estructura colectiva una mayor concisión, objetivo común de todos los microrrelatos, ya que el narrador no se debe detener en la descripción de los personajes o los espacios al haber aparecido en un texto anterior. Un ejemplo de serie fractal en la minificción lo encontramos en la primera parte del libro *Casa de geishas* (2007) de Ana María Shua, compuesto por medio centenar de minicuentos que tienen como nexos el estar ubicados en un burdel. Este espacio sirve de marco a unas narraciones y se consigue así de manera más sencilla la tan ansiada concisión.

Una vez repasadas las principales diferencias entre el microrrelato y el cuento breve medieval, nos vamos a centrar en las semejanzas, que, a pesar de los siglos de distancia, son mayores de las que se podría suponer. El primer punto de contacto entre ambos géneros es el humor. Tanto una como otra forma narrativa ofrecen numerosos ejemplos de argumentos con una intención irónica o jocosa. Esta coincidencia no implica, ni mucho menos, una igualdad en la manera de entender el humor, determinada en ambos casos por el contexto histórico respectivo. Además, podemos observar que, de manera general, el humor en el cuento medieval parte más del lenguaje, mientras que en las minificciones se opta más por giros en la trama que provoquen una sonrisa cómplice en el lector.

La siguiente semejanza estaría en uno de los rasgos que en el apartado anterior señalábamos como propio de la narrativa breve medieval: los personajes esquemáticos. En la literatura medieval los protagonistas, salvo contadas ocasiones, no poseen gran profundidad psicológica; serían personajes planos, siguiendo la tipología de Forster²¹¹². Al contrario de lo que ocurre con otros géneros actuales, en la minificción los personajes se pueden considerar no redondos, sino planos o esquemáticos. Este hecho está determinado por la extrema brevedad del género, que hace que los autores no desarrollen la psicología de los protagonistas y que empleen tipos o, con mucha frecuencia, estereotipos conocidos de antemano por todos los lectores.

La tercera coincidencia la encontramos en los argumentos habituales en ambos géneros. Al contrario de lo que ocurre en otros textos medievales como los cantares de gesta, el cuento breve huye de elementos sobrenaturales y se centra en lo cotidiano²¹¹³. Se trata de un género eminentemente popular en el que los personajes están lejos de los grandes héroes de las epopeyas y son muy parecidos

²¹¹¹ Luisa Valenzuela, *Juego de villanos*, Barcelona, Thule, 2008, pp. 45-46.

²¹¹² Edward Morgan Forster, “Personajes planos y personajes redondos”, Enric Sullá (ed.), *Teoría de la novela*, Barcelona, Crítica, 1996, pp. 35-38.

²¹¹³ Silvia Iriso, *Maravillas y espantos. Veintiséis cuentos españoles de la Edad Media*, Barcelona, Muchnik, 1999, p. 8.

al lector²¹¹⁴. Esta característica también aparece de manera casi general en la minificción, aunque traslada, obviamente, a situaciones más actuales. Creemos que la búsqueda la concisión hace que el escritor emplee en sus relatos, cuando no utiliza el también eficaz mecanismo de la intertextualidad, un contexto fácilmente identificable por el lector. Se consigue así, con minicuentos ubicados en consultas de médicos, aeropuertos o en oficinas, que no sea necesaria una descripción detallada de los espacios.

La brevedad, la marca externa más llamativa de la minificción, sería el último de los elementos en los que coincide con el cuento de la Edad Media. En antologías de este género como las de María Jesús Lacarra o Carmen Hernández Valcárcel encontramos un gran número de relatos que no superan las dos páginas de extensión, límite de los microrrelatos según la opinión de especialistas como el también autor José María Merino²¹¹⁵. Además, esta extrema brevedad implica la coincidencia con el minicuento en otros aspectos propios en esta forma narrativa como el esquematismo en el argumento, el inicio *in media res* o la ausencia de las descripciones que no sean imprescindibles.

Hasta aquí la primera perspectiva de nuestro análisis comparatista del microrrelato y el cuento breve medieval. En las próximas líneas nos vamos a ocupar de las fórmulas mediante las cuales la minificción adapta elementos de la cuentística popular.

El minicuento es un género que, al haber nacido en pleno siglo XX, condensa muchos de los rasgos de la Literatura contemporánea. Algunos especialistas, como Francisca Noguero²¹¹⁶, lo han definido como una forma eminentemente postmoderna. Sea por ello, por su extrema brevedad o por estar, hasta épocas recientes fuera del canon, lo cierto es que desde siempre se ha caracterizado por la experimentación. Los autores no han encontrado cortapisas para jugar con el lenguaje, para mezclar en ellos cauces genéricos o para rehacer historias previas. Este último mecanismo, bautizado hace varias décadas como “intertextualidad” por Julia Kristeva, es uno de los más fructíferos a la hora de crear minificciones. Como las obras de cualquier otra época, la literatura medieval ha funcionado en numerosas ocasiones como sustrato narrativo del microrrelato y lo ha hecho de tres maneras distintas.

El primer de estos mecanismos es, en honor a la verdad, el menos frecuente. Se trataría del uso, por parte de los autores actuales de minificción de un relato medieval como hipotexto de sus narraciones. El problema surge del desconocimiento de la literatura del Medioevo por parte del lector medio, algo que dificulta el uso de la intertextualidad.

Mucho más frecuente es la utilización de temas de la cuentística popular, muchos de ellos de origen medieval, en la minificción. Los cuentos folclóricos poseen unos rasgos muy marcados, por lo que se convierten en material dúctil para ser parodiado. Un recurso que emplean de manera habitual los autores que escriben este tipo de microrrelatos es la modernización de estos temas, produciéndose así una situación muy llamativa para el lector, que se sorprende al ver fuera de su contexto a los protagonistas de relatos populares.

Una última forma de intertextualidad sería la imitación en los minicuentos de rasgos propios de uno de los subgéneros de la narrativa medieval. El microrrelato es una modalidad “fagocitadora”, que se apropia de cauces genéricos de diversa índole para modificarlos, imitarlos o parodiarlos. Algunos géneros narrativos medievales, como la fábula, el bestiario o el apólogo son muy útiles para este fin por su brevedad y por poseer unas características muy definidas y fácilmente identificables por los lectores. Se consigue así un juego de espejos deformantes entre la narrativa breve medieval y la minificción.

²¹¹⁴ María Jesús Lacarra, *Cuento y novela corta en España. I Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 30.

²¹¹⁵ José María Merino, *Ficción Continua*, Barcelona, Seix Barral, 2004, p. 229.

²¹¹⁶ Francisca Noguero, “Microrrelato y Posmodernidad: textos nuevos para un final de milenio”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, 1-4, 1996.

4. CONCLUSIONES.

Como hemos venido defendiendo a lo largo de este artículo, existen elementos coincidentes entre el cuento breve medieval y el microrrelato. Desde las dos perspectivas en las que hemos basado nuestro análisis, hemos visto como la narrativa brevísima medieval se convertía, respectivamente, en antecedente y sustrato de la minificción. A pesar de ello también debemos reconocer las grandes diferencias que existen entre uno y otro género, marcadas, principalmente, por la distancia entre los autores y lectores de una y otra época. De todas formas, el cuento medieval y el microrrelato comparten el ingrediente básico de todo género narrativo: el deseo de contar una historia que conmueva o sorprenda al lector.